

Jorge Aguilar Mora
La despedida de Villa

PRIMERO UNA NOVELA Y AL FINAL UN ENSAYO¹

Las distintas formas que adopta nuestra vida... Pero en México hablar de esas formas es una impudicia que no se tolera o que no se perdona o que impasiblemente se ignora. La intimidad del discurso biográfico propone al lector una complicidad que éste no puede rechazar. Y no se acepta la complicidad pública en una sociedad católica donde los secretos se transmiten en el confesionario y detrás de los muros domésticos, y menos se acepta en un país donde la voz pública es la voz de unas cuantas familias que se han visto y se siguen viendo como las únicas representantes y dueñas de la nación. La cantidad puede aumentar con la intromisión de otras de menor categoría o disminuir con la adaptación progresiva de las intrusas; pero la naturaleza esencial de la imagen del país como una casona o un casco de hacienda donde viven los autoelegidos, rodeados por la gran masa ignara o analfabeta o ambiciosa o rencorosa... Lo último es importante: la oligocracia mexicana ha sido muy perceptiva de la envidia de las clases inferiores, sobre todo cuando descubrió la existencia de "las clases medias". Pero a esa percepción, la oligocracia no ha correspondido con una reafirmación de sus propios valores. Salvo raras excepciones, su discurso siempre se ha apoyado en la mala conciencia para justificarse. Eso no le ha impedido hacer intentos de aniquilar física, política y culturalmente al resto de los grupos sociales que le estorban, no sin antes invocar una justificación defensiva, nunca la afirmación de un valor propio. A menos que aceptemos como valor la identidad tautológica: ellas mismas se definen como civilizadas y decentes, y la civilización y la decencia son ellas mismas. El gran apoyo ideológico de esa identidad es la traducción de Europa a México.

Con esa imagen del país y de sí misma, la oligocracia mexicana no puede concebir la existencia de una autobiografía: ni él ni los lectores que él concibe ignoran lo que ese género puede ofrecer, pues los secretos del autor sólo él y su confesor pueden conocerlos. Y una biografía es aún más indeseable: ya que por definición, la biografía, aunque sea literalmente superficial, no puede ser sino intrusa. En un grupo que no se abre, que no establece relaciones verdaderamente sociales, sino familiares, que no tiene valores propios que afirmar, al tiempo que acapara las instituciones públicas, ni el tiempo puede quitarle a los hechos personales su inherente debilidad.

Una biografía necesita un nombre como centro: el pueblo podía prescindir de las biografías porque en la anonimidad popular otras cosas estaban sucediendo, muy distintas de las relaciones de hechos individuales. Pero la clase media mexicana, tan amante de su propio nombre, no soportaba la intimidad, ni la publicidad: su imitación de la oligocracia llegaba sólo hasta la copia de los objetos y de su uso, pero no de las costumbres, que eran intransmisibles e inimitables.

A cambio de la biografía, la oligocracia mexicana practicaba la exhibición de sus pretensiones nobiliarias. Ante la cercanía del centenario de la Independencia, las grandes familias no dejaron pasar la oportunidad de reafirmar su pertinencia histórica, es decir, de reclamar que eran ellas las dueñas del país. Y para sustentar esa atribución, un acucioso genealogista, Ricardo Ortega y Pérez Gallardo, se empeñó en la elaboración de tres tomos monumentales que se titulan: *Historia genealógica de las familias más antiguas de México*

1 Fragmento del libro *Una muerte sencilla, justa, eterna. Cultura y guerra durante la revolución mexicana*, de próxima publicación en Ediciones Era.

(1905), y que Ortega había iniciado en 1902 con otro libro *Estudios genealógicos*.²

Acabo de decir que la proximidad del centenario de la Independencia estimuló la escritura de libros que reafirmaban la "pertinencia histórica" de la oligocracia; pero los libros de Ortega no pertenecen estrictamente hablando a esa justificación histórica. En ésta hay que incluir a otros autores como Justo Sierra, como Francisco Bulnes, como Carlos Pereyra, como José López Portillo y Rojas, etcétera.

Los libros de Ortega y Pérez Gallardo estaban dirigidos a una justificación no menos importante: la natural. La "ciencia" genealógica de Ortega quería mostrar que el dominio oligárquico estaba inscrito en la sangre y se transmitía por herencia. En la presentación de sus *Estudios genealógicos* decía con agradecer candor: "Basada en la teoría, admitida por los más notables filósofos, de la herencia de las cualidades morales, de cultura intelectual y, por ende, de preponderancia social, la Genealogía nobiliaria nos presenta los grandes modelos que imitar, al describir la ascendencia de las generaciones contemporáneas, remontando su estudio hasta llegar al hombre insigne, hasta el varón esforzado que se ennobleció a sí mismo y ennobleció a su raza toda..."³ La oligocracia criolla necesitaba justificarse no sólo como una clase independiente; tenía que ir más allá, hasta recuperar en una continuidad natural, inquebrantada, la nobleza de los conquistadores; y con ese fundamento, podía proponerse como una clase moderna, pues, como decía Ortega, el objeto de las instituciones aristocráticas "era y es [...] eminentemente progresista".⁴

Y todos estos argumentos desembocaban en la declaración esencial que no necesitaba en realidad de ningún fundamento (como lo demostraban muchos discursos decimonónicos): "Que en el mundo ha existido, existe y existirá siempre una aristocracia, un grupo de hombres escogidos que sobresalga del vulgo, es indudable; necesidad universal es la de que los hombres superiores guíen a los inferiores... México tiene mucho que agradecer a la aristocracia constituida en su suelo desde la época colonial; a ella debe la formación de la sociedad honrada, amable y virtuosa".⁵

Me parece triste este final, y coherente: la elección de los tres adjetivos no es feliz; sólo muestra que la construcción "teórica" de los argumentos de Ortega era de pacotilla, de puro relleno. Ninguna de las tres atribuciones ejemplifica un valor afirmativo, por cruel que éste pudiera ser. Al mismo tiempo, la imagen de la sociedad con tres características de mera galantería responde a la debilidad moral de esa aristocracia y a su inseguridad en la definición misma de la división de las clases.

Entre octubre de 1900 y enero de 1901, se celebró en la ciudad de México un Concurso Científico Nacional donde se expusieron diversas soluciones a problemas sociales mexicanos. Una de las últimas conferencias fue dada por Ezequiel A. Chávez y se titulaba: "Ensayo sobre los rasgos distintivos de la sensibilidad como factor del carácter mexicano".⁶

A reserva de analizar después con debido detenimiento las tesis de Chávez, baste por ahora señalar un hecho notable de esa conferencia.

El autor dividía a la sociedad mexicana en grupos raciales, que eran: los indios, los extranjeros (incluidos los criollos) y los mestizos. Pero este último grupo lo dividía a su vez

2 Ricardo Ortega y Pérez Gallardo, *Estudios genealógicos*, Imprenta de Eduardo Dublán, México, 1902 e *Historia genealógica de las familias mas antiguas de México*, Imprenta de A. Carranza, México, 1905-1910.

3 Ricardo Ortega y Pérez Gallardo, *Estudios genealógicos*, p. 10.

4 *Ibid.*, p. 11.

5 *Ibid.*, p. 13 y p. 17.

6 Ezequiel A. Chávez, "Ensayo sobre los rasgos distintivos de la sensibilidad como factor del carácter mexicano", *Revista Positiva*, t. I, n. 8, marzo de 1901, México, pp. 82-99.

Cuadernos Políticos, número 58, México, D.F., editorial Era, octubre-diciembre de 1989, pp. 63-84. en dos: el de los mestizos vulgares y el de los superiores. Y era aquí donde el pensamiento de Chávez se volvía significativo en el contexto de la conciencia social e histórica de la "aristocracia" mexicana: el mestizo vulgar tenía como antecesores, según Chávez, "individuos fortuitamente unidos en desamparado tálamo de incesantes amasiatos"; y por lo tanto, "el que tiene así la desgracia de ser hijo, nieto y biznieto de efímeros azares [...] forma el bajo fondo de la sociedad, es la hez de la misma".⁷

Pero el mestizo superior era otra cosa completamente distinta, pues éste había tenido "antecesores constituidos en familias estables", "un árbol genealógico de familias constituidas que le [habían] dado una educación social y le [habían] formado un alma de cooperador orgánico".⁸

La identidad nacía en la solidez familiar y de la mezcla racial hecha con la razón de la ley y sancionada por la religión católica. Sin duda, el mestizaje tenía algo de destino no querido, de destino impuesto por circunstancias inevitables, y de esas circunstancias inevitables, con toda su violencia y toda su ilegalidad, nada se decía, a pesar de que se había publicado en 1901 un libro, muy comentado, donde Genaro García narraba todas las atrocidades de la conquista: *Carácter de la conquista española en América y en México según los textos de los historiadores primitivos*. Todos los rasgos naturales que la avaricia y la lujuria de los mismos españoles imponían en sus descendientes eran omitidos por Ezequiel A. Chávez. Para éste, el mestizaje era ya un hecho, pero el hecho tenía calidades diferentes según se viera su perpetuación: fuera o dentro de la alcoba legalmente establecida. De hecho, la *estabilidad* de la que hablaba Chávez en su conferencia era más bien un *efecto*, casi una figura meramente metafórica que ocultaba el verdadero argumento: había una hez de la sociedad que no era india, ni era extranjera, y que no podía ser sino mestiza; y había una aristocracia que no era india, ni extranjera tampoco, y que no podía ser sino mestiza. Y entre ambos mestizajes tenía que haber una diferencia no sólo de grado, sino casi de naturaleza histórica. Ya Chávez hablaba de lo que Paz consagraría medio siglo después: la conciencia de ser mexicano. Paz reprodujo en *El laberinto de la soledad* el criterio positivista de Chávez que le negaba a los indios la conciencia de ser mexicanos y por lo tanto la capacidad de ser objetos de reflexión "mexicanista" o de formar parte del carácter mexicano; aunque ambos autores terminaran por contradecirse sin el menor pudor, pues al final de sus argumentos o en el corazón de ellos reintrodujeron la *diferencia* de la presencia india en la naturaleza del mexicano. Chávez lo decía claramente en su conferencia: el indio "casi de todo es indiferente, de aquí resulta que no concibe aún la patria mexicana";⁹ pero al final nada se entendía sin él: "la rápida excitabilidad y la dinámica deliberación del mestizo superior pudieran ser funestas sin la insistente solidez del indio ilustrado..."¹⁰ Al final, en efecto, valía más la diferencia inasimilable del indio que la constitución del mestizo vulgar, pues éste sólo había llegado a "la categoría de un útil peligroso".¹¹

La separación y caracterización del "mestizo superior" fue sin duda un hallazgo urgente para gran parte de la aristocracia porfirista: era urgente, en efecto, incluir nuevas familias, racialmente diferentes de las criollas, que se habían introducido en los rangos aristocráticos; pero también era perentorio distinguirse socialmente de la plebe.

Las autobiografías de la Revolución se incluyen siempre en la lista de novelas, y el hecho no es raro. La inclusión puede ser inocente, pero en casos tan extremos como el de la

⁷ Ibid., p. 84.

⁸ Loc. cit.

⁹ Ibid., p. 88.

¹⁰ Ibid., p. 99.

¹¹ Ibid., p. 98.

autobiografía de Vasconcelos el gesto de la inclusión no delata sino miedo a la complicidad. Se habla de la obra de Vasconcelos señalando su calidad de excepción, pero no se tocan sus paradojas, que destruyen tantos lugares comunes del discurso histórico y del discurso literario en México. En esta novela, sin embargo, no ha llegado el momento de recorrer los detalles de esa autobiografía. Por el momento, me basta con señalar la paradoja inicial de *La tormenta*, la mejor "novela" de la Revolución que escribiera Vasconcelos. Desde el preámbulo, Vasconcelos mezcló dos alimentos ideológicos históricamente antagónicos: el vitalismo nietzscheano y la mala conciencia católica. Con el primero, Vasconcelos logró darle a su expresión profética una velocidad inusitada; con la segunda, su análisis psicológico alcanzó grados de sutileza casi dolorosa. El gran hallazgo de Vasconcelos fue haber logrado reunir ambos principios para explicar una vida; y eso lo logró con un mecanismo ideológico típicamente latinoamericano: el eclecticismo.

El mismo Vasconcelos definió su lugar histórico y su evaluación de su vida y de su obra con una frase lúcida y única: "...como yo me creía inventor de puntos de vista revolucionarios, me desconsolaba que Adriana no me reconociese en lo que yo creía lo mejor de mi persona: el destino espiritual de definir ideas, coordinar doctrinas".¹² El eclecticismo era al mismo tiempo el método para coordinar a Nietzsche con San Agustín y el resultado de esa coordinación, la prenda con la que Adriana, al recibirla, le devolvería su culpa de marido desdichado y de pecador feliz.

Se necesitaba que en los años treinta Vasconcelos recuperara la ultranza de su catolicismo para que pudiera violar el secreto básico de su religión de la infancia; pero también se había necesitado que en 1910 Vasconcelos hubiera repudiado el positivismo, para que durante los años de la Revolución pudiera practicar el principio mismo de ese positivismo, gracias a un método de pensamiento que nunca repudió, quizás porque nunca tuvo conciencia de él: el ecléctico que, como corriente filosófica, se remonta al siglo XVIII español e hispanoamericano, y define precisamente las culpas y el deseo de aggiornamento del catolicismo hispánico de ese siglo frente a los descubrimientos insoslayables de la Ilustración.

La invención de puntos de vista revolucionarios, la definición de ideas y la coordinación de doctrinas equivalen a lo mismo: la práctica refinada del eclecticismo como método filosófico propio del latinoamericano, y sobre todo "para un pobre enfermo de la América española, donde todo es recomenzar y desistir hoy de lo que se intentó ayer".¹³

Si, como decían los románticos alemanes, la vida de un poeta es más artística que su propia obra, la de Vasconcelos en la época de la Revolución era, entre otras cosas, la tensión constante entre dos principios opuestos trenzados en el mismo cuerpo y en el mismo nombre; y fue también la expresión de una verdad desesperada ante el destino de una nación débil: "Reviso en estas páginas uno de los periodos más confusos, perversos y destructores de cuantos ha vivido la Nación; y también la época más dispersa, pecadora y estéril de mi vida".¹⁴ ¿Su vida posterior fue más fértil, más consistente, más pura? Quién sabe. Es dudoso, incluso si se tiene muy presente su labor como Secretario de Educación; lo importante en todo caso es la perspectiva que Vasconcelos decidió adoptar frente a esos años contrastada con lo que dice dentro de la narración misma. Ahí hay otra paradoja... y así sigue indefinidamente en la vida y en la obra de Vasconcelos esa proliferación de paradojas, ese trenzado de elementos extremos y opuestos; y ese acompañamiento de lucidez con inconciencia piadosa.

Pero hay que insistir en el hecho de que Vasconcelos es una excepción; pues otros católicos a ultranza, pero menos extremistas y menos eclécticos, no dejaron ningún testimonio autobiográfico, y cuando lo dejaron, fue sólo para atestiguar de su felicidad y de su armonía

12 José Vasconcelos, *La tormenta*, en *Obras completas*, Editores Mexicanos Unidos, México, t. I, p. 750.

13 *Ibid.*, p. 745.

14 *Loc. cit.*

Cuadernos Políticos, número 58, México, D.F., editorial Era, octubre-diciembre de 1989, pp. 63-84. consigo mismos, con su familia y con el mundo entero, como en el caso de *El río de mi sangre* de Genaro Fernández Mac Gregor o los diarios de Federico Gamboa y de Nemesio García Naranjo. Estos últimos escribieron no para hacer una autobiografía, sino para reafirmar una imagen social y autoritaria, puramente externa y sin fisuras.

Sin embargo, la desesperación, cuyo lujo es la verdad, no sólo hay que vivirla, hay también que merecerla. ¿Y cuándo se puede decir que ya se ha hecho lo suficiente para desesperarse?

Durante los años de mi investigación sobre la Revolución, se fue dejando ver, cada día con más evidencia, que los datos históricos que me atraían y que yo perseguía por libros y por archivos eran transfiguraciones de hechos de mi propia vida. Sin embargo, mientras no encontrara la relación entre ambas dimensiones, no podría penetrar de verdad en el ritmo propiamente histórico; porque, al no liberarme de mis hechos personales, los otros, los del pasado ajeno, sólo se adherían a mi piel y a mi dolor sin concierto, según yo, y con un desorden abigarrado. Y aún así, éstos eran más comprensibles que mis propios hechos.

Sí, el tema de mi vida era la muerte de mi hermano, pero esa muerte se tenía que transfigurar para convertirse en otra vida, para que yo pudiera vivir mi vida con esa forma, y con ese cadáver. Sin embargo, aunque llegué a reconocer ese hecho, pasó mucho tiempo antes de que pudiera reconocerlo en algunas imágenes de la Revolución que se habían vuelto obsesivas. Y ninguna ha sido tan obsesiva y poderosa como la de Martín López enseñando las fotos del fusilamiento de Pablo, su hermano.

En la tarde del 23 de julio de 1985 estaba yo en el restorán del Hotel Misión de Chihuahua, descansando la vista después de consultar por varias horas el periódico villista *Vida Nueva*. En una de las mesas, un viejo norteño refutaba en voz alta, contando sus recuerdos, las afirmaciones de un grupo de jóvenes sobre ciertos hechos de la Revolución que sólo conocían ellos por los libros. El viejo no era el único en aquel café que hablaba casi gritando, y de lo que él decía yo oía solamente palabras sueltas. De pronto escuché el girón de una frase y fue como si el sentido de mi viaje a Chihuahua apareciera como un relámpago en un cielo estrellado: "...si te digo que a Pablo López lo fusilaron aquí en la Tercera y Libertad". Al restorán había llegado Pablo López y yo no titubeé en atribuir su presencia a un favor especial que me hacía el azar. ¿Era el azar o era ya un encuentro exigido por la acumulación de signos y pasiones? ¿Era el azar o era ya la fuerza de la acumulación de datos?

Esperé que el café se vaciara y que se fueran los jóvenes que acompañaban al viejo. Ya lo había visto yo otras tardes sentado a solas en una de las mesas leyendo las noticias vespertinas. Me acerqué a él con la excesiva timidez y cortesía del chilango y le pregunté si podía contar de nuevo la historia del fusilamiento de Pablo López.

Pablo López nació en la Hacienda del Charco, colonia agrícola del estado de Chihuahua, en 1889. Perteneció al cuerpo de Dorados, aunque no él sino su hermano, Martín, fue quien apareció en una foto famosa y única de esa élite de guerreros villistas tomada probablemente a fines de 1913 o muy a principios del 14. Pablo alcanzó el grado de coronel como Dorado y cuando se disolvió la División del Norte en diciembre de 1915 se convirtió en uno de los hombres más entusiastas de Villa. Con otros dos jefes villistas, asaltó el 10 de enero de 1916 un tren en Santa Isabel y atrapó a diecisiete (¿o dieciocho?: los informes no concuerdan) norteamericanos, a los que fusiló sumariamente a un lado de la vía. Dos meses después Pablo López estaba entre los mexicanos que entraron a saco al pueblo de Columbus, Nuevo México, y en el tiroteo fue herido. Se escondió en la Sierra de la Silla, pero lo delataron al coronel Reyna, quien lo aprehendió y lo condujo a Chihuahua, donde fue condenado a muerte."¹⁵

15 Francisco R. Almada, *Diccionario de historia, geografía y biografía chihuahuenses*, Universidad de Chihuahua, Ciudad Juárez, 1968 (2a. ed. revisada y aumentada), p. 312.

El 5 de junio, temprano en la mañana, Pablo López salió de la Penitenciaría rumbo al paredón. Era como una mañana chiquita donde no cabían los pájaros, que volaban desesperadamente de una orilla a otra. Pablo no se había curado de la herida de bala en una de sus rodillas y caminaba con muletas. Traía los mismos pantalones del día que lo habían aprehendido, desgarrados cuando se hizo la curación de la herida, y no soltaba su sombrero huichol, serrano, de tejido muy cerrado; pero alguien le había regalado una camisa blanca y purísima para que la estrenara el día de su muerte. Antes de subir al carro de caballos que lo llevaría al paredón se detuvo, sonriente, para que le tomaran una foto. Pablo López tenía veintisiete años y toda la ciudad ya estaba preparada para asistir a su fusilamiento. Había soldados por todas partes y un destacamento de caballería, con las carabinas listas, escoltaba la calesa. El general Jacinto B. Treviño, jefe de la plaza y del Cuerpo de Ejército de Oriente, que había ocupado Chihuahua después de disuelta la División del Norte, no quería arriesgarse a que Villa lo pusiera en ridículo, pues corrían muchos rumores de que mi general no iba a permitir que mataran a uno que veía como hijo suyo. Al mismo tiempo, Treviño quería que la muerte del bandolero sirviera de advertencia a los que todavía albergaran simpatías villistas. Por eso había dispuesto que se fusilara a López en pleno centro de la ciudad; contra el muro de un terreno baldío de la calle Libertad.

Desde la calesa, Pablo iba mirando el bullicio que creaba su próxima ejecución y parecía que hasta le divertía. Cuando llegó al lugar donde iba a morir, la multitud ya había ocupado toda la calle. Pablo López bajó apoyándose en sus muletas; aceptó un puro que le ofrecieron y miró hacia una cámara fotográfica echando el humo en la lente. Después le preguntaron cuál era su última voluntad y Pablo López dijo que era un vaso de agua mineral, pues el desayuno y el puro le habían dado agruras. Pero se dice que quizás Pablo López estaba desde antes enfermo de gastritis, pues pidió el vaso de agua mineral como celoso en verdad de cumplir con una receta del doctor. Agradeció sinceramente el vaso de agua que le trajeron; faltaban unos minutos para que muriera.

En ese momento, sucedió el primer hecho inesperado de aquella mañana. Pablo recargó una de sus muletas contra la calesa y luego se inclinó a recoger una piedra del tamaño de una canica, de una canica pequeña, de una agüita. Echó la piedra en el vaso de agua mineral y esperó unos momentos antes de beberla. Le regresó el vaso a un soldado y ahí quedó la canica, en el fondo del vaso ya vacío. Entonces Pablo se dirigió hacia el lugar donde esperaba la descarga, y al ponerse de frente a la multitud y al pelotón distinguió entre los mirones el rostro, para él inconfundible, de un gringo. Pablo López ya había pedido su última voluntad, pero no dudó ni un instante antes de gritar: "Saquen a ese gringo de aquí, yo no voy a morir enfrente de un perro". El gringo era Marion Letcher, el cónsul del gobierno norteamericano en Chihuahua; pero el jefe de las tropas accedió inmediatamente a la petición de Pablo. El oficial carrancista sabía muy bien que la multitud, que había recibido con aprobación las palabras del reo, podía iniciar en cualquier momento un motín para liberarlo, a causa de la simpatía natural que muchos sentían por Pablo, a causa de la sensación ineludible de que el ejército carrancista era en Chihuahua un ejército de ocupación y a causa de la propaganda maligna de varios agitadores, como el doctor alemán C. L. Knopff, quien en los últimos días había expresado en varios lugares públicos que los chihuahuenses debían proteger a López pues era un patriota que había hecho una hazaña al matar a dieciocho (¿o diecisiete?: los testimonios de la época nunca se pusieron de acuerdo) "sucios americanos" en Santa Isabel.¹⁶

Y cuando Letcher desapareció, estuvo listo al fin Pablo López para recibir la muerte: se colocó el puro en la boca y era tanta su serenidad que la ceniza no se desprendió del puro hasta que las balas sacudieron su cuerpo como si... Pero antes de que lo pudiera definir, ya

¹⁶ Archivo Nacional de los Estados Unidos, Washington, Military Intelligence Division 9140, documento 358. Entrada: "Knopff, Dr. C.L."

Cuadernos Políticos, número 58, México, D.F., editorial Era, octubre-diciembre de 1989, pp. 63-84. estaba muerto.

El viejo que me contó la historia y que no me dio su nombre tenía seis años cuando aquello sucedió. No me la contó con la misma emoción que le había yo escuchado unas horas antes, pero quizás estaba cansado de contarla por segunda vez en la misma tarde o tal vez necesitaba el interés de un público numeroso y la algarabía del recinto. Siento no haber recogido su nombre, pero él se reconocerá aquí y aquí encontrará mi agradecimiento.

Cuando el viejo chihuahuense terminó de contarme el fusilamiento de Pablo López estaba cayendo la tarde y el restorán estaba vacío. Un mesero platicaba con la cajera y por la ventana pude ver, contra la luz mortecina del crepúsculo, que también caía la lluvia. Hubo algo en aquella lluvia de desierto que me tranquilizó, que me tranquilizó muy adentro de mi cuerpo, como si de pronto hubiera entrado hasta los mismos recuerdos de mi cuerpo y los hubiera saciado después de muchos años de inasible sed.

Esa lluvia del desierto desmorona piedras y en unos minutos fluyen ríos en las tierras más baldadas y unos minutos después se levanta la piel del desierto y de aquella sobriedad brotan corazones brillantes o las formas más disparatadas de vida con movimientos de relámpago y de hielo. Salí del hotel y caminé por calles solitarias. Entre el hotel y el paseo Bolívar, por detrás de la Quinta Gameros, percibí otro rasgo de la vida en el desierto: las casas de un solo piso, como agachadas, como muy pegadas al suelo para mitigar el castigo del sol; tan agachadas y tan pegadas que me sentía capaz de mirar por encima de sus azoteas con el único esfuerzo de pararme sobre la punta de los pies. En Chihuahua se vive siempre con el anhelo de meterse adentro de la tierra y de sacar la cabeza, como el topo, sólo en la noche, aún así sólo de lado. Pasé frente a la Quinta Gameros y me senté luego en una banca del Parque Lerdo. Veinte años antes, en mi primer viaje a Chihuahua, había conocido momentos inconfundibles de soledad en ese parque, que desde entonces no parecía haber cambiado mucho, apenas de estación. Es difícil lograr la soledad en el desierto: hay demasiado espacio y demasiados detalles en el paisaje como para que la soledad encuentre su gusto; pero si encuentra, entonces nada es más poderoso que ella.

La lluvia siguió su camino y las veredas del parque Lerdo empezaron a humear. Me senté en una banca, a la orilla del paseo Bolívar, y traté de reconstruir las descripciones que había leído ese día en *Vida Nueva* de las kermesses y de las jamaicas organizadas por los oficiales del general Felipe Ángeles y por las señoritas de la ciudad enamoradas de esos galanes militares egresados del Colegio Militar. Me pregunté si por ahí había pasado Pancho Villa en 1910 en búsqueda de su compadre Claro Reza para matarlo por delator. El hecho era formidable no por el tamaño de la venganza, sino por la enorme distancia que había recorrido Villa en pleno día, por en medio de la ciudad, mientras era uno los hombres más buscados de Chihuahua. En *El verdadero Pancho Villa*, Silvestre Terrazas daba el recorrido le había seguido Villa, pero yo me preguntaba si había cruzado al menos por aquel paseo de ida o de regreso: siguió "toda la calle Veintidós, hasta desembocar en la Avenida Cuauhtémoc, y encaminándose rumbo a Avenida Zarco, al llegar al puente junto al monumento levantado en honor del Coronel D. Joaquín Terrazas [...] a la orilla de ese puente se encontraba Claro Reza rodeado de algunas personas".¹⁷ Yo entonces todavía no conocía el libro de Teodoro Torres, *Pancho Villa. Una vida de romance y tragedia*, que daba una versión muy similar, pero que acentuaba más la osadía de Villa al narrar que éste había atravesado la ciudad casi con lentitud, casi exhibiendo sus intenciones de venganza por toda la ciudad, casi anunciándole a Claro, su amigo, que iba por su vida."¹⁸

¹⁷ Silvestre Terrazas, *El verdadero Pancho Villa*, Talleres Graficos del gobierno del Estado de Chihuahua, Chihuahua, 1984, p. 22.

¹⁸ Teodoro Torres, *Pancho Villa. Una vida de romance y tragedia*, Imprenta Lozano, El Paso, Texas, s.f., p. 72

Luego busqué la casa donde según Silvestre Terrazas se encontraron por primera vez Abraham González y Pancho Villa, en la calle Tercera.¹⁹ Y después me dije que era una estupidez buscar los sitios de Pancho Villa en la ciudad. Con nadie se podía identificar más esa ciudad que con Pancho Villa; nadie, ni siquiera don Luis Terrazas, había dejado su huella tan ubicuamente como Pancho Villa... de tal manera que hacer la historia de la ciudad en este siglo era como hacer la historia de Villa; o hacer la biografía de Villa era, entre otras cosas, hacer la biografía de Chihuahua. Me imaginé describiendo lugares de la ciudad al mismo tiempo que narraba hechos del villismo, en el intento de transmitir la naturaleza casi mineral, casi vegetal de esa insurrección. Pensé también que a través del retrato de Villa, quizás el personaje anónimo más famoso de nuestra historia nacional, se podía rescatar y revalorar la irrupción de los verdaderos revolucionarios anónimos en el Norte.

Pero Nellie Campobello ya había dado descripciones inigualables de esos guerreros norteros. ¿Qué me correspondía a mí, si no pretendía glosarla a ella?: obsesionarme, tratar de inmiscuirme por los intersticios que habían quedado en las narraciones de Campobello en *Cartucho*. Una de esas narraciones era la de Martín López mostrando las fotos del fusilamiento de su hermano. No resisto el deseo de transcribirla de nuevo, como se repite en una jornada una melodía seductora: "Martín López tenía una colección de tarjetas. En todas las esquinas se ponía a besarlas, por eso lloraba y se emborrachaba. Martín López era general villista, tenía los ojos azules y el cuerpo flaco. Se metía en las cantinas, se iba por media calle, se detenía en las puertas, siempre con los retratos en la mano; adormecido de dolor recitaba una historia dorada de balas. `Mi hermano, aquí está mi hermano, mírelo usted, señora, éste es mi hermano, Pablo López, lo acaban de fusilar en Chihuahua...`"²⁰

Leía y leía esta semblanza y llegué a aprendérmela de memoria. Fue la mejor manera que encontré de tener siempre presentes distintos temas críticos del relámpago villista y del fenómeno revolucionario en su conjunto. Primero, el nerviosismo de la prosa de Nellie Campobello era la carnada para atrapar lo inefable, para describir la postura de sus personajes ante su destino. La frase: "era general villista, tenía los ojos azules y el cuerpo flaco" no revelaba ninguna técnica "surrealista-ultraísta", como un crítico superficial había afirmado;²¹ era el atajo lingüístico de Campobello para describir los inefables del destino de Martín López, quien al enseñar fotos de la muerte de su hermano estaba mostrando cómo habría de morir él mismo. Y él mismo en efecto lo decía: "Yo tengo que morir como él, él me ha enseñado cómo deben morir los villistas". Martín López murió como él, fusilado, villista, sin traicionar "las veredas de sus jefes", bien aprendida la lección de su herencia ilustrada.

Nellie Campobello no sólo estaba nerviosa al escribir cada frase, estaba nerviosa al concebir la estampa completa. Describía primero en una secuencia cronológica las estaciones del martirio de Pablo López; pero al final regresaba a dos detalles, desprendidos de la secuencia, sacados de la cronología para destacar su intensidad: "¿Sabe lo que hizo? [...] Pues pidió desayuno [...] ¿Sabe otra cosa?, pues mandó retirar a un gringo que estaba entre la multitud, dijo que no quería morir enfrente de un perro". De nada vale declarar simbólicos esos dos gestos, sería lo mismo que deshacerse de ellos o arrumbarlos en un inventario de recursos literarios. Volverlos símbolos sería en este caso devaluar la posición de Pablo López en el momento de su muerte. Al pedir el desayuno e iniciar un proceso de digestión que se prolongaría durante toda la mañana, más allá de la hora establecida para el fusilamiento, y todavía más, al pedir un vaso de agua mineral como última voluntad, Pablo López asumía hasta el último momento la responsabilidad de su vida y llevaba esa vida hasta la orilla

19 Silvestre Terrazas, op. cit., p. 13.

20 Nellie Campobello, *Cartucho*, Ediciones Integrales, México, 1932, p.

83.

21 Adalbert Dessau, *La novela de la Revolución Mexicana*, FCE, México, 1972, p. 347.

Cuadernos Políticos, número 58, México, D.F., editorial Era, octubre-diciembre de 1989, pp. 63-84. extrema de sí misma. Pablo López no sólo se mantuvo íntegro frente a sus verdugos; también se mantuvo íntegro ante su muerte, y de esa manera él se llevó consigo lo único que sus verdugos no podían quitarle: la identidad con su propia vida.

El mayor triunfo de los verdugos no es matar sino recibir su poder asesino del miedo de las mismas víctimas. Pocos pueden decir de antemano, con la seguridad de Martín López, que morirán como mueren los villistas: sin entregar su vida al verdugo. Los verdugos, los enemigos federales, los enemigos constitucionalistas, los enemigos gringos, los enemigos siempre podían darles su muerte a los villistas, pero el villista que moría como Pablo López no entregaba su vida al enemigo. Podían ofrecerla temerariamente a las balas, podían descubrirla para blanco de ametralladoras y cañones, pero siempre era suya, porque la mayoría de esos soldados lo único que tenían era eso: su propia vida. Perderla con temeridad, casi con alegría, no era machismo, era una declaración rotunda y casi insultante de que la explotación podía haberles quitado todo —desde la dignidad hasta la humanidad—, pero la Revolución les daba la oportunidad de mostrar que ese todo no incluía el poder que tenían sobre su vida. Ese poder y esa vida eran suyos, y si no querían morir frente a un perro, todos los demás podían estar seguros de que no morirían frente a un perro. Por eso el jefe de las tropas carrancistas obedeció rápidamente a la exigencia de Pablo: sabía que era una determinación que podía provocar un motín.

Esos rasgos de intensidad en la muerte de Pablo López no eran únicos. Aparecían en decenas y decenas de narraciones de fusilamientos. Los historiadores y ensayistas y cronistas que declaran machistas a los mexicanos que esperaban hasta con humor el relámpago de esas balas tiznadas y pesadas como los gringos siguen negándoles a las víctimas la capacidad de decidir los límites de su vida. El término "machista" aplicado a esos valientes es la manera más despectiva y económica que han encontrado muchos intérpretes de la Revolución para confesar su incapacidad de comprensión.

¿Cómo hablar de esos actos de los fusilados? ¿Cómo decirles nuestro agradecimiento por todo lo que nos enseñan y que hemos querido ignorar a como diera lugar, acumulando historiografías que dan cuenta de ellos con cifras o con frases de sociología abstracta? ¿Bastaba proponer el caso de Pablo López como ejemplar? ¿Hablar de un solo caso, aunque fuera ejemplar, no era traicionar de una manera más sutil al resto de los casos? ¿Cómo hablar de cada uno de ellos sin repetir una y otra vez ese momento único en el que el condenado asume la vida hasta el final de su vida?

Nellie Campobello escribió en "Las tarjetas de Martín López" (año de 1932) la versión única, la más singular de un fusilamiento, pero su intensidad abrió, en vez de clausurar, el horizonte a las descripciones de esos fusilamientos. Ella entendió muy bien dónde estaba la riqueza vital de esos actos y también percibió que la etiqueta de machismo o el recurso a la generalización eran variantes de una misma traición, por decencia o por miedo, de esa riqueza. Su breve texto sobre las tarjetas de Martín López es una réplica radical —en lo vital y en lo literario— de esa estampa de los fusilamientos que en estilo decente escribió Julio Torri. Con "De fusilamientos" (año de 1915), Torri se incluía activamente en la creación de un proyecto específico de la literatura mexicana. Ese proyecto se volvió el dominante en este siglo y nos ha entregado la imagen de una literatura mexicana bastante empobrecida con los Contemporáneos como el paradigma "culto" y "moderno", y con la ausencia de todo aquello que no se conforme a ese patrón. La debilidad del proyecto no consistía en su dependencia de los modelos franceses; no, pues de ahí había venido la fuerza del modernismo. La debilidad de ese proyecto residía finalmente en su desesperación por establecer diferencias de clase ocultándolas bajo el criterio del conocimiento literario. Según ese proyecto, para escribir bien, para ser escritor, no bastaba escribir bien, era necesario además saber literatura. Y a veces era más importante el conocimiento literario que la práctica de la escritura. Y fue así como grandes escritores surgidos fuera y muy lejos de la sabia "república de las letras",

residente en la ciudad de México, fueron ignorados y excluidos de la literatura.

Para imponerse, ese proyecto decidió que las riquezas vitales de la Revolución no debían contaminar el culto linaje literario y que por lo tanto la violencia de la prosa de una Nellie Campobello o de un Rafael F. Muñoz le estorbaban y, aún peor, que desenmascaraban su miedo profundo a la intensidad histórica.

Julio Torri no cerró los ojos a la existencia de los fusilamientos, pero su mirada escéptica los redujo a datos de estadística, y su conclusión —que era el inicio de su tratamiento literario— fue convertirlos en "una institución que adolece de algunos inconvenientes en la actualidad".²²

Torri no estaba nervioso, como lo estaría Nellie Campobello, pues ante una institución no se responde con los nervios; pero sí con la ironía. Sin embargo, esa ironía que parecía anunciar la descripción de algunos "inconvenientes" se traicionaba a sí misma, y por ausencia terminaba convirtiéndose en una burla de la institución y en consecuencia de los fusilamientos mismos. Los inconvenientes, según él, son: la mala educación de los jefes de escolta, el deplorable aspecto de los soldados rasos, la pésima calidad del tabaco o licor que se ofrece al condenado, la tosca sensibilidad, el pésimo gusto y el mal vestir del público, y la carencia de especialistas para la descripción en la prensa de ese acontecimiento.

En efecto, todas las descripciones de los fusilamientos incluyen o deberían incluir esos rasgos, y uno más percibido por Torri, aunque no incluido dentro de los "inconvenientes": el hecho de que todos se practicasen "en las primeras horas de la mañana".²³

Frente a la historia, frente al testimonio de tantos fusilados, es difícil, si no imposible, demostrar que la ironía de Torri lograba su probable cometido: demostrar y condenar de pasada la barbarie de esos hechos.

Puede ser que también sea imposible demostrar que Torri fracasó. Pero al colocar su texto junto al de Nellie Campobello, al menos sucede un acontecimiento que no se puede soslayar: ante ambos textos se tiene que hacer una elección, y la elección va más allá de ser un mero hecho de crítica literaria. Sin duda es importante reconocer que los dos son textos ejemplares de caminos muy distintos recorridos por la literatura mexicana; pero más importante aún es aceptar que son también posturas muy diferentes no sólo de la literatura sino de la interpretación histórica mexicana ante el comportamiento de otros mexicanos.

En el terreno puramente literario, sin embargo, no se puede decir que Nellie Campobello represente el género de la "Novela de la Revolución Mexicana" y que Julio Torri sea un modelo de la literatura culta cuyos lugares comunes, creados a principios de este siglo, fueron canonizados por los Contemporáneos y obedecidos desde entonces por los aspirantes a pertenecer, en los términos que usó Francisco Monterde en 1925, "a la república de las letras".²⁴

La misma delimitación del género llamado "Novela de la Revolución Mexicana" fue producto de muchas mediaciones y de la intervención de la corriente literaria culta.

A fines de 1924 y principios de 1925 se escribió una serie de artículos en pro y en contra de la existencia de una literatura que hubiera compendiado y cifrado "las agitaciones del pueblo en todo ese periodo de cruenta guerra civil..."²⁵ Lo verdaderamente irónico es que los distintos argumentos que se opusieron para proponer y para rechazar a *Los de abajo* como una novela representativa de la literatura de la Revolución terminaban complementándose en una imagen genérica e ideológicamente inofensiva de esa literatura. Desde sus oscuros resentimientos de

22 Julio Torri, *De fusilamientos*, FCF/SEP, México, 1984 (Col. Letras Mexicanas, 17), p. 49.

23 Loc. cit.

24 Francisco Monterde, "Los de arriba y *Los de abajo*", *El Universal*, 2 de febrero de 1925, citado por Dessau, op. cit., p. 264.

25 Julio Jiménez Rueda, "El afeminamiento en la literatura mexicana", *El Universal Ilustrado*, 20 de diciembre de 1924, citado por Dessau, op. cit., p. 262.

Cuadernos Políticos, número 58, México, D.F., editorial Era, octubre-diciembre de 1989, pp. 63-84. escritor porfirista, Victoriano Salado Alvarez no dejaba de tener cierta razón cuando decía que la obra de Azuela era "neta y francamente nihilista: si alguna enseñanza se desprendiera de ella... sería que el movimiento ha sido vano, que los famosos revolucionarios conscientes o de buena fe no existieron o están arrepentidos de su obra y detestándola más que sus propios enemigos".²⁶

Si Salado Alvarez hubiera conocido la historia de las ediciones de *Los de abajo*, probablemente no la hubiera llamado "nihilista" (pues su primera versión no era nihilista, en efecto); pero sí hubiera insistido, y con razón, en lamentar la ausencia de "literato(s) impregnado(s) en las opiniones y en las tendencias de los tiempos actuales".²⁷ Después de las dos ediciones de El Paso, Texas, en 1915 y 1916, Azuela hizo cambios sustanciales en la siguiente edición, publicada en 1920 en la ciudad de México. Según el autor, con esa revisión sólo había querido reforzar ciertos personajes y escenas; pero no modificar su estilo.²⁸ No obstante, la mera introducción de un nuevo personaje, el loco Valderrama, en la tercera parte, es ya un síntoma de que las intenciones de Azuela iban más allá de un mero reforzamiento de escenas y personajes. Además, una de las declaraciones de Valderrama era bastante reveladora de que Azuela se había vuelto aún más "nihilista". De acuerdo con las investigaciones de Stanley Robe, la declaración de Valderrama no podía haber aparecido en las dos ediciones de El Paso, porque Azuela usó casi literalmente una conversación real con José Becerra, un amigo suyo, aparentemente ocurrida poco después de la aparición de *Los de abajo* en El Paso.²⁹ Lo importante es que Azuela consideró oportuno incluir en la edición de 1920 una declaración de "nihilista" político que neutralizaba cualquier posible entusiasmo por Villa expresado en las primeras dos partes de la novela. ¿Villa?... ¿Obregón?... ¿Carranza?... ¡X... Y... Z...! ¿Qué se me da a mí?... ¡Amo la Revolución como amo al volcán que irrumpe! ¡Al volcán porque es volcán; a la Revolución porque es la Revolución!... Pero las piedras que quedan arriba o abajo, después del cataclismo, ¿qué me importan a mí?..."³⁰ La última parte de esta efusiva declaración era una repetición apenas variada de la frase emocionada de Alberto Solís, otro intelectual, cuando contemplaba la batalla de Zacatecas, en la primera parte de la novela: "¡Qué hermosa es la Revolución, aun en su misma barbarie!".³¹

La equivalencia de Villa, Obregón y Carranza con X, Y y Z., iba muy a tono con el desencanto ante la Revolución de una parte considerable de la pequeña burguesía; pero revelaba también una actitud bastante conformista en el clima político que se vivía poco antes y después del asesinato de Venustiano Carranza en mayo de 1920, año de la publicación de esa edición revisada de *Los de abajo*. Esta vez, Azuela no estaba dispuesto a ofrecer su entusiasmo a ningún cabecilla revolucionario; y prefería adherirse a una posición política ya entonces corriente que consideraba la Revolución tanto una serie irracional de hechos como un acontecimiento abstracto, históricamente necesario o inevitable.

Otros cambios significativos hechos para la edición de 1920 indicaban claramente que Azuela había renunciado a cualquier entusiasmo revolucionario —por matizado que éste fuera—; y sobre todo que deseaba borrar sus simpatías villistas —por tenues que éstas hubieran sido. En uno de esos cambios, Azuela había borrado dos renglones de puntos suspensivos al final de la novela. En el original, esos dos renglones establecían una ruptura de nivel temporal justo antes de que el narrador tuviera que decidir si relataba o no la muerte de Demetrio Macías, ya solo y rodeado de enemigos.

26 Victoriano Salado Alvarez, "Las Obras del Dr. Azuela", *Excelsior*, 4 de febrero de 1925, citado por Dessau, op. cit., p. 265.

27 Victoriano Salado Alvarez, "¿Existe una literatura mexicana moderna?", *Excelsior*, 12 de enero de 1925, citado por Dessau, op. cit., pp. 263-264

28 Stanley L. Robe, *Azuela and the Mexican Underdogs*, University of California Press, Berkeley-Los Angeles, 1979, p. 103.

29 Ibid. p. 106.

30 Mariano Azuela, *Los de abajo*, FCE, México, 1960 (Col. Popular, 13), p. 128.

31 Ibid., p. 72.

"El enemigo se disemina, persiguiendo a los raros fugitivos que quedan ocultos entre los chaparros.

Demetrio apunta y no hierra un solo tiro..... ¡Paf!...
¡Paf!... ¡Paf!...

Su puntería famosa lo llena de regocijo; donde pone el ojo, pone la bala. Se acaba un cargador y mete otro nuevo. Y apunta...

.....
.....
El humo de la fusilería no acaba de extinguirse. Las cigarras entonan su canto imperturbable y misterioso; las palomas cantan con dulzura en las rinconadas de las rocas; ramonean apaciblemente las vacas.

La sierra está de gala; sobre sus cúspides inaccesibles cae la niebla albísima como un crespón de nieve sobre la cabeza de una novia.

Y al pie de una resquebrajadura enorme y suntuosa, como pórtico de vieja catedral, Demetrio Macías, con los ojos fijos para siempre, sigue apuntando con el cañón de su fusil..."³²

En 1920, Azuela no cambió nada de esta versión de 1915; sólo eliminó las líneas de puntos suspensivos, pero fue suficiente para que destruyera ese final alegórico y formidable, lleno de esperanza, concebido justo en los momentos en que se disolvía la División del Norte: la última entrega de *Los de abajo* apareció en el periódico *El Paso del Norte* el 21 de noviembre de 1915.³³

Sin los puntos suspensivos, el humo de la fusilería, el paisaje casi arcádico y, de nuevo, la postura de Demetrio a punto de disparar se presentaban como una mera continuación anecdótica del acto de apuntar. Se podía interpretar el final de 1920 como ambiguo: los ojos de Demetrio, "fijos para siempre", ¿son los de un muerto o los de un rebelde que no se rinde y que está a punto de morir?; pero la ambigüedad, en todo caso, no dejaba de ser anecdótica.

En cambio, en la versión original, desde "Y apunta..." hasta "El humo de la fusilería..." se atravesaba por las líneas de puntos suspensivos no tanto un lapso indefinido de tiempo como una metamorfosis del texto, se pasaba de una narración anecdótica a una relación intensamente alegórica. El paisaje de pronto arcádico era el marco eterno para la lucha eterna de Demetrio, donde éste se transformaba en el epítome del guerrero eterno e invencible. Ya no importaba si Demetrio tenía o no buena puntería; no importaba si estaba a punto de morir, porque quien combate eternamente contra la injusticia siempre está apuntando, con los ojos eternamente fijos.

El miércoles 27 de octubre de 1915, el periódico *El Paso del Norte*, de El Paso, Texas, había publicado la primera entrega de un folletín titulado *Los de abajo. Cuadros y escenas de la Revolución actual*; y el domingo 21 de noviembre, como ya dije, la última.³⁴ Mariano Azuela, que había pertenecido a un grupo villista, había huido hacia Chihuahua siguiendo más o menos el itinerario de la retirada de la División del Norte. En agosto, septiembre y parte de octubre de 1915, Azuela residió en la ciudad de Chihuahua, componiendo, entre otras cosas, un montón de notas que había escrito durante la campaña en Jalisco a principios de año. A mediados de octubre se fue a Ciudad Juárez en busca de un editor para la novela que estaba terminando. El hambre lo obligó a comprometer su manuscrito al periódico *El Paso del Norte*, editado por Fernando Gamiochipi.³⁵

El 19 de septiembre Villa había llegado a la ciudad de Chihuahua e inmediatamente había acelerado los preparativos de su último recurso para salvar a su ejército del desastre. Cuatro

32 Transcripción literal, véase Robe, op. cit., p. 167.

33 Ibid., p. 121.

34 Ibid., p. 82.

35 Ibid., p. 67.

Cuadernos Políticos, número 58, México, D.F., editorial Era, octubre-diciembre de 1989, pp. 63-84. días después los primeros contingentes de infantería salieron hacia Casas Grandes, vía Ciudad Juárez.³⁶ Así se inició la expedición villista a Sonora, que sería la empresa más desastrosa y patética de la Revolución.

Azuela contempló todo ese febril movimiento de tropas y artillería, y sin duda percibió que el final de la División del Norte se acercaba. Y supo, como todos en la ciudad, que Villa se preparaba él mismo a partir para tomar el mando de sus tropas.

El 7 de octubre en Chihuahua llegó la mañana con un frío premonitorio. Todos los cocheros de la ciudad habían estado desde la madrugada llevando civiles a la estación del Central, pues la noticia de la partida de Villa se había visto como un abandono y había provocado el pánico.³⁷ Es probable entonces que Azuela haya salido de Chihuahua a mediados de octubre, como tantos otros civiles, por el susto de quedarse solo en la ciudad; y no, como él afirma, para ir a Ciudad Juárez en busca de editor; pues, como él mismo lo confesó, la tercera parte no estaba ni escrita ni pensada. En El Paso Fernando Gamiochipi puso a su disposición, en los talleres de su periódico *El Paso del Norte*, una máquina de escribir para que emprendiera la escritura de esa parte que le faltaba, la cual se iniciaba precisamente con una carta escrita en El Paso que "en cierta medida reflejaba la situación que vivía el mismo Azuela entonces, su estado emocional en ese momento en que escribía esa parte de la novela, su falta de recursos económicos, su preocupación por la comida, y una punzante ironía que supuestamente esconde la realidad de las cosas al mismo tiempo que se la revela a los lectores".³⁸

Si esto es cierto de la carta, más cierto puede ser de toda la tercera parte, sobre todo si se piensa no sólo en la situación personal del autor, sino en el estado de la Revolución precisamente en esos días que iban de mediados de octubre a mediados de noviembre de 1915, en los que, mientras se publicaban los capítulos ya preparados, Azuela escribía la última parte.³⁹ Y el estado de la Revolución en esos días sufrió un cambio definitivo: el 19 de octubre, el gobierno norteamericano reconoció a la facción de Venustiano Carranza como gobierno *de facto*. Villa estaba atravesando la Sierra Madre rumbo a Sonora; Obregón estaba en Torreón organizando el envío de las tropas que en Piedras Negras cruzarían la frontera para dirigirse desde ahí, por territorio norteamericano, a Agua Prieta, en Sonora, donde se esperaba el primer ataque de Villa.

Plutarco Elías Calles, comandante de la plaza de Agua Prieta, resistió el ataque villista gracias a los refuerzos que le había enviado Alvaro Obregón. Villa, desilusionado, despechado, furioso, se retiró hacia Naco. Y ahí, guiado por informes de sus espías en Estados Unidos, redactó un manifiesto en el que acusaba a Carranza de haber comprometido en varios sentidos la soberanía nacional a cambio del reconocimiento.⁴⁰

El manifiesto de Naco fue un documento clave para entender diversos acontecimientos posteriores; pero también fue decisivo para establecer en la mente y el recuerdo de muchos norteños o residentes de la zona fronteriza que el villismo, en los momentos de su derrota nacional e internacional, era una fuerza de lucha inacabable, infinita, incesante hasta la consecución de sus fines.

Este documento se publicó en la primera plana del diario villista *Vida Nueva*, el 21 de noviembre de 1915. Ese mismo día aparecía en El Paso la última entrega de la novela de Mariano Azuela.

Y los dos textos terminaban con la misma convicción: la derrota villista no era el final de la

³⁶ Alberto Calzadías Barrera, *El fin de la División del Norte*, Editores Mexicanos Unidos, México, 1965, pp. 79-81.

³⁷ *Ibid.*, p. 83

³⁸ Robe, *op. cit.*, p. 68

³⁹ *Ibid.*, p. 82.

⁴⁰ Friedrich Katz, *Pancho Villa y el ataque a Columbus*, Nuevo México, Sociedad Chihuahuense de Estudios Históricos, Chihuahua, 1979, pp. 29-30.

Revolución porque la Revolución continuaría hasta el cumplimiento de los cometidos de la rebelión popular. Mientras tanto, Demetrio Macías y Pancho Villa, "con los ojos fijos para siempre", seguirían apuntando con el cañón de su fusil...

El 15 de diciembre de 1915, Villa, en plena derrota, regresó a Chihuahua. "En todas las caras se pintaba el miedo, y era raro el que no trataba de escapar; a tal punto, que el grupo de los fieles se quedó reducido a un puñado; aquella cobardía que por todos lados se respiraba, hasta parecía contagiarme, pues aunque yo me hubiera imaginado perder, y me hubiera hecho el cálculo de comenzar de nuevo mis fatigas, la realidad era más dura de lo que yo me suponía. Pero imposible dejar que el miedo me ganara: mi signo era pelear toda la vida [...] el día que se hizo necesario abandonar la población porque defenderla hubiera sido inútil, me despedí de mi gente, y la dejé en libertad para que se rindiera; yo me retiro, les dije, mientras Carranza hace el gobierno, y me voy pobre, porque aunque he andado sobre los millones, no me ha tentado la codicia. Quisiera de buena gana que éste fuera el final de la lucha, que se acabaran los partidos políticos y que todos quedáramos hermanos, pero como por desgracia será imposible, me aguardo para cuando se convenzan ustedes de que es preciso continuar el esfuerzo, y entonces... nos volveremos a juntar."⁴¹ Éstas son las mismas palabras de Villa, según Ramón Puente.

Parece ser que ese mismo día, en la noche, el general Villa reunió a sus generales en la Quinta Luz, su residencia personal, y ahí les dijo: "*Resistiré. Siempre estaré en pie de lucha, hasta que se presente la oportunidad de asumir la fuerza necesaria para derrocar a Carranza o morir en mi afán*".⁴²

Ese día era el 19 de diciembre de 1915, el día en que Villa disolvió la División del Norte.⁴³

El testimonio de Puente se encuentra en un libro que éste publicó en 1919, en Los Ángeles, con el título: *La vida de Pancho Villa contada por él mismo*. Junto con *Los de abajo*, este libro de 1919 es el más coherente testimonio de la determinación de Villa de continuar la lucha hasta la muerte o hasta la consecución de las demandas populares.

La polémica de 1925 en torno a *Los de abajo* determinó el establecimiento de un género nuevo en la literatura mexicana; pero no de una nueva manera de evaluar esa misma literatura. Además, la coincidencia de los argumentos de sus apologistas con las críticas de sus detractores le dió desde el principio al género una validez muy ambigua. Seguramente, Monterde conocía alguna de las ediciones iniciales de aquella novela, pues en 1919 había hablado de ella en *Biblos*, es decir, antes de la primera edición corregida y aumentada de 1920. Pero Monterde nunca propuso los verdaderos valores de la obra, como si en el fondo estuviera de acuerdo con los argumentos de que la novela presentaba una visión nihilista de la Revolución. Al joven crítico le bastaba reivindicar su valor muy abstracto como "creación vigorosa de sociólogo y artista".⁴⁴ Y contra Salado Álvarez y Julio Jiménez Rueda pudo atribuirle el mérito de ser la pionera del género y, sin sacar sus conclusiones del texto mismo, pudo defender la Revolución contra los embates conservadores.

Pero no lo hizo, y sí defendió en 1925 la Revolución con argumentos generales. Esa actitud, en aquellos momentos, no significaba sino la indirecta obediencia a los deseos de los gobiernos "revolucionarios" de Obregón y de Calles; a los propósitos de instaurar un discurso oficial que le quitara a la Revolución sus contenidos inasimilables por un estado burgués y casi criollo, y sus convicciones radicales de rebeldía. Que se olvidara, en otras palabras, la intransigencia de Zapata y la determinación villista de luchar hasta la muerte. En las campañas educativas y en los programas económicos los gobiernos de Obregón y de Calles

41 Rafael F. Muñoz, *Pancho Villa, rayo y azote*, Populibros La Prensa, México, p. 95.

42 Alberto Calzadfa Barrera, op. cit., p. 184.

43 Katz, op. cit., p. 33.

44 Francisco Montercle, sobre Azuela, en *Biblos*, I, 21, 1919, pp. 2 s.; citado por Dessau, op. cit., p. 263.

Cuadernos Políticos, número 58, México, D.F., editorial Era, octubre-diciembre de 1989, pp. 63-84. se preocuparon por confundir los discursos populares para establecer el dogma de que el pueblo no sabía para qué había luchado en la Revolución.

Cuando se estableció a *Los de abajo* como paradigma del nuevo género, no tardó mucho en escucharse la voz de críticos y novelistas confirmando la calidad ejemplar de esa novela y tratando de borrar la ambigüedad implícita en el nacimiento de la novela de la Revolución. Si Mariano Azuela había escrito, en palabras del mismo Monterde, una obra con "cierto descuido en su factura",⁴⁵ su obra era paradigmática sólo en la medida en que un grupo de escritores necesitaba una coartada para no escribir ellos lo que ni querían leer, ni podían entender; o para borrar de sus propuestas literarias iniciales el empeño que habían puesto en desprestigiar a la Revolución real que ahora querían exaltar como Revolución abstracta. La ambigüedad quedó consagrada para siempre cuando la revista *Contemporáneos* se unió a la corriente general de elogiar a Azuela como novelista de la Revolución. Lo que éstos no le perdonaron a su rival Manuel Maples Arce, que escribiera mal, lo pasaron por alto en Azuela. Pero antes que ellos, a principios de la década de los años veinte, escritores como Carlos Noriega Hope, como Xavier Icaza, habían publicado cuentos y reportajes donde se ofrecía una visión pesimista de la Revolución y ridícula de los soldados revolucionarios, y no de los nuevos jefes en el poder. Unos años después, cuando la generación de los Contemporáneos decidió unirse a una tradición publicando, entre otras cosas, una antología de la poesía mexicana que fuera el relevo de la antología de Genaro Estrada de 1916, los nuevos escritores, incrustados ya en los aparatos de poder, decidieron que no eran ellos los indicados para crear ese género narrativo de la Revolución, tan necesario en la literatura mexicana.

Pero con el tema de la continuidad de la lucha, que aparecía en el final de *Los de abajo*, en el final del Manifiesto de Naco, en la despedida de Villa el 19 de diciembre de 1915, en el final de la autobiografía de éste redactada por Ramón Puente, comenzó a interesarme la relación de Azuela con Ramón Puente, la de Ramón Puente con Rafael F. Muñoz y la de éste con Nellie Campobello. Si no en sus vidas, al menos en sus obras había un tejido muy profundo, y casi secreto, de relaciones que los unía o los separaba; pero que deseaba verlos siempre en la misma perspectiva.

Esas relaciones tal vez no eran, repito, biográficas; pero en cierto sentido podían ser más profundas porque se trababan en un punto que no era anecdótico, ni siquiera ideológico, sino propiamente histórico. Desde diversos puntos de vista, desde diversas edades, desde diferentes estilos, los cuatro habían en un momento escuchado un latido profundo de la historia con distintos grados de compromiso, pero con el mismo sentido de nitidez.

La ocasión histórica decisiva que permitió la conjunción textual de esos cuatro monstruos fue la despedida de Villa de Chihuahua, el 19 de diciembre de 1915, desde un balcón del Palacio de Gobierno. Ahí fue dónde y cuándo Villa expresó ese profundo latido de la historia mexicana. La lucha perpetua como definición de la Revolución y hasta como caracterización de la vida social mexicana no era, para mí, propiamente una idea. Una idea se incorpora a un discurso generalizador, abstracto, que busca expresar leyes y que quiere traducirse en sociología, en "ciencia" de la política o en sistema ideológico. Nada de eso buscaba la resistencia villista, la virtualidad eterna del "nos volveremos a juntar", la lucha infinita a despecho de la muerte. La decisión y la declaración villistas rompían el tejido social que los mecanismos de poder le habían impuesto al movimiento popular; y desenmascaraban los votos de falsa pacificación del capital extranjero y de las élites criollas que se estaban repartiendo el país. Una vez más.

LA DESPEDIDA DE VILLA

45 Francisco Monterde, loc. cit.

En la madrugada comenzó a llover. Era una lluvia como intrusa y como distraída que con el amanecer se fue encaneciendo hasta convertirse en nieve, tenaz y penetrante. El viento del desierto azotaba, contra la fachada del Palacio de Gobierno, ese blanco telón que el desierto había escogido para terminar una revolución: blanco, frío, triste y lleno de recuerdos. Terminaba la revolución, pero no la guerra; la misma guerra de siempre, de toda la vida, de muchas vidas. Así amaneció el 19 de diciembre de 1915 en la ciudad de Chihuahua.

La noche anterior había corrido el rumor de que Villa repartiría entre la tropa el oro que quedaba en las arcas del Preboste de la División del Norte. Muchos soldados, que se habían incorporado a la División en el centro de la República y que se sentían diferentes de los veteranos norteños, fueron los primeros en salir a las calles con la premura de no perderse la repartición del botín. Los comerciantes que no habían emigrado a los Estados Unidos abrieron temprano las puertas de sus negocios y anunciaron sus mercancías con grandes rebajas.

Pero los veteranos de la División del Norte sabían ya, por instinto, que las decisiones de Villa no se conocían por rumores; y tenían muchas razones para dudar del rumor. Y aún así, fueron ellos, no más de cuatrocientos, los que acudieron a la Plaza Hidalgo y aguantaron la nieve de media mañana porque querían estar presentes en el último curso de su general Villa.⁴⁶

Los villistas de última hora ya estaban desengañados desde antes de que Villa apareciera en el balcón del Palacio de Gobierno, pero los veteranos, muchos con sus familias ya preparadas para regresar allá, a mi tierra, aguantaron cuando arreció la nieve, que azotaba a grandes copos, que caía "con ese peculiar chasquido tan parecido al que producen al quemarse las `luces de estrellas de Navidad'".⁴⁷ Era ya casi el mediodía y parecía que el sol no saldría nunca más, ni ese día, ni ningún otro, hasta que todos murieran; pero los soldados esperaban que apareciera por última vez su general Villa. Entonces se abrió el balcón central del Palacio de Gobierno, pero no salió Villa, salieron varios curros. Eran Francisco Escudero, el doctor Cárdenas, Mihuguel Díaz Lombardo y el profesor Enrique Pérez Rul. Y por ellos nadie se hubiera quedado esperando, porque ellos mismos estaban ansiosos de que apareciera Villa, quien al salir al balcón se colocó en medio del grupo de curros. Mi general estaba vestido "con un pantalón de casimir color gris, con mitazas y calando perfectamente su gorra de general de División".⁴⁸ Un joven, más periodista que soldado, y más huérfano que subalterno, vio "con los ojos bien abiertos",⁴⁹ ese momento como un momento que estaba sucediendo demasiado tarde. Y no pudo sino llorar ante la inactualidad del hecho. Se llamaba Rafael F. Muñoz. Era un adolescente, hijo de buena familia chihuahuense, que se sentía a sus anchas entre los soldados, las soldaderas, los niños mocosos, sobre todo si estaban derrotados. Era un periodista que nunca fue buen periodista porque le provocaban demasiada simpatía los vencidos. Y fue por eso, en cambio, un gran novelista.

La mayoría de los que estaban en la Plaza Hidalgo habían participado en la campaña de Sonora y casi todos sabían lo que iba a decir su general. Pero nadie que de veras se sintiera villista hubiera querido perderse ese momento porque la imagen de Villa en el balcón atraía con la misma fascinación que atraían los condenados a muerte cuando se paraban arrogantes ante el pelotón de su fusilamiento. Era sin duda una atracción morbosa, pero irresistible, de contemplarse a sí mismos a punto de morir. Al verlos, Rafael F. Muñoz sintió que esa escena era una repetición, porque con ella regresaba la imagen de su padre abandonando su posición, su pasado, su propia vida, para recluirse en un exilio de íntima renuncia: después del triunfo

46 Ignacio Muñoz, *Verdad y mito de la Revolución Mexicana*, t. I, Ediciones Populares, México, s.f., p. 404.

47 Loc. cit.

48 Alberto Calzadafaz Barrera, *El fin de la División del Norte*, p. 183.

49 Emmanuel Carballo, *19 protagonistas de la literatura mexicana del siglo XX*, SEP, México, 1986 (Lecturas mexicanas, 2a. serie, 48), p. 273.

Cuadernos Políticos, número 58, México, D.F., editorial Era, octubre-diciembre de 1989, pp. 63-84. de Madero, dos gringos acusados de asesinato habían hecho falsas imputaciones contra el Presidente del Tribunal Supremo del Estado, y éste en vez de defenderse de tan absurdas imputaciones había renunciado y se había alejado para siempre de la vida pública.

Cerca del futuro novelista, había otro espectador que de manera muy distinta también perpetuaría aquella escena. Se apellidaba Muñoz, igual que Rafael, pero no tenía ningún parentesco con éste, y ni siquiera lo conocía. Y su nombre de pila era Ignacio.

Ignacio Muñoz venía de servir en la frontera tamaulipeca con Estados Unidos como encargado de los bienes confiscados y en esa posición había colaborado, por órdenes del general Emiliano Nafarrete, con Luis de la Rosa y con Aniceto Pizaña en el inicio de la guerra contra el gobierno norteamericano conocida como el Plan de San Diego. Los avatares de la guerra lo habían convertido de conspirador constitucionalista en prisionero villista. Ignacio nunca tuvo el talento literario de Rafael, pero sí rivalizó con él en la narración de hechos inusitados de la Revolución; y tuvo además un talento muy propio para discutir los acontecimientos históricos con quien tuviera la osadía de corregirlo. Escribió varios libros, todos caóticos, pero ricos en información. De ellos, yo he llegado a conocer los cuatro tomos de *Verdad y mito de la Revolución mexicana*, el único volumen de *La verdad contra los gringos*, y una colección de estampas titulada *Defendámonos*.⁵⁰ Ningún historiador se ha detenido a considerar los libros de Muñoz como fuentes dignas de crédito. En otro libro, donde narre las campañas villistas, me gustaría discutir y utilizar los libros de Ignacio Muñoz, porque muchos datos y muchos juicios de muy diversos orígenes, y casi todos fidedignos, corroboran muchas de sus aseveraciones; y muchas de sus aseveraciones son únicas, pues tenía una gran afición por el dato ambiental, por la perspectiva del hecho, por la mirada subterránea de la historia. En ocasiones se le olvida decir en qué año sucedió un hecho, o dónde; pero nunca deja de observar la fugacidad, la inclinación y el humor del hecho. Ese talento es casi único, y muy pocos cronistas de la Revolución lo tienen, y casi todos ellos son desconocidos: ninguno de ellos pertenecía a la república de las letras y la aristocracia letrada mexicana, conservadora como siempre, los ha olvidado. La única excepción: Martín Luis Guzmán.

A mí, además, me gusta la pasión de Ignacio Muñoz por el secreto y por la imaginación de conspiraciones. Todo eso junto le daba una sensibilidad única para percibir los momentos históricos trascendentes que, significativamente y por desgracia, muy pocos historiadores de la época recogieron. Haya colaborado con el Plan de San Diego o no, Muñoz da en uno de sus libros detalles valiosos para la comprensión de ese hecho misterioso de la historia de México. Haya estado o no el 19 de diciembre en la Plaza Hidalgo de Chihuahua —y no tenía por qué mentir—, Ignacio Muñoz en unas cuantas líneas supo darle un sentido a ese día: "Una mañana de diciembre de 1915, poco antes de abandonar la plaza de Chihuahua, Villa emocionado habló al pueblo congregado bajo los balcones del Palacio de Gobierno.

"Y en aquella ocasión sus palabras fueron revelaciones sensacionales, por desgracia escuchadas por un reducido grupo de mexicanos..."⁵¹

Pero antes había hablado el doctor Cárdenas y el suyo fue un "modesto discurso de circunstancias".⁵² Díaz Lombardo, quizás enfermo, seguramente desalentado, habló también, pero con voz tan apagada que nadie supo qué estaba diciendo. Luego Pérez Rul emocionó al público, aunque sólo unos cuantos entendieron su alusión al personaje mitológico que al caer por tierra, aparentemente derrotado, recuperaba toda su fuerza porque era hijo de la misma tierra, que lo nutría y le daba fuerza para seguir luchando. Sí, muy pocos entendieron siquiera el nombre de Anteo; pero ya todos sentían que el general Villa estaba a punto de recobrar toda

50 Ignacio Muñoz, *Defendámonos*, Ediciones Populares, México, s.f., pp. 48-49.

51 *Ibid.*, p. 48.

52 Ignacio Muñoz, *Verdad y mito de la Revolución Mexicana*, t. I, p. 404.

su fuerza original regresando y confundiendo de nuevo con la tierra, la tierra de siempre, la misma tierra que nunca los abandonaba.

Cuando le tocó el turno al general, dejó de nevar, como si las nubes también hubieran decidido escucharlo. De muchas casas vecinas a la plaza salieron curiosos o admiradores tímidos, aprovechando la tregua de la nieve.

Un mes antes se había publicado el Manifiesto de Naco donde Villa había manifestado que, al reconocer el gobierno de Carranza, Estados Unidos se vengaba de él, quien se había negado a vender a México. Este día de diciembre, Villa repitió la historia. Contó que Carothers, el representante especial del gobierno norteamericano, le había propuesto unas semanas antes en El Paso que aceptará ciertas condiciones que su gobierno ponía para darle su reconocimiento oficial. Entre las condiciones estaban la cesión del territorio de Baja California, la concesión por 99 años de una franja del Istmo de Tehuantepec y la prerrogativa de nombrar a los ministros de Guerra, Hacienda y Comunicaciones en el gabinete villista. Villa no dio más detalles. No era necesario.⁵³ Todos le creían, todos estaban dispuestos a aceptar la conspiración carrancista y gringa, pues en la defensa de Agua Prieta que tenía preparada Calles había sido clara la complicidad norteamericana con el gobierno carrancista, al que acababa de reconocer como legítimo. Todo eso lo había expuesto ya en el manifiesto de Naco mes y medio antes, pero ahora lo decía como una declaración de guerra: para ojos perspicaces, estaba anunciando su ataque a Columbus, Nuevo México. Su despedida, después de la revelación, no fue una renuncia: hizo un llamado ferviente a todos nuestros hermanos de raza para que continuaran la lucha, que no podía abandonarse hasta que reinara la justicia en esta tierra. Era también como una oración, y Villa ya no se dirigía realmente a sus soldados ni a los de abajo de todo México: Villa se dirigía a la tierra y le pedía como otro hijo más, en nombre de todos los presentes y de todos los ausentes, que ella restaurara el equilibrio provocado por las injusticias de este mundo.

Y luego, mirando de nuevo a los veteranos que lo había seguido de ida y de vuelta por la sierra y por una campaña enloquecida en Sonora, terminó casi con una profecía "Quisiera de buena gana que éste fuera el final de la lucha, que se acabaran los partidos políticos y que todos quedáramos hermanos, pero como por desgracia será imposible, me aguardo para cuando se convenzan ustedes de que es preciso continuar el esfuerzo, y entonces... nos volveremos a juntar".⁵⁴ Así fue el fin de la División del Norte.

Y yo creo que en ese momento Rafael F. Muñoz sintió que la imagen más íntima de su vida se reproducía en la historia más pública de la nación, y que esa repetición le daba un sentido único y vital: tardó veinticinco años en precisar su sentido y en percibir su forma; tardó veinticinco años para encontrar la historia que reunía las dos imágenes, la suya de niño abandonado y la del villista que se queda sin líder: la historia fue una novela y se llamó *Se llevaron el cañón para Bachimba*. En ella, Rafael F. Muñoz reunió las dos dimensiones de la orfandad.

En la primera escena de la novela, ante la proximidad de las tropas orozquistas, un terrateniente del que nunca sabremos el nombre prepara su partida. Alvaro, su hijo, todavía un niño, contempla los preparativos. Cuando todo está listo, el padre, para sorpresa mía y seguramente también del hijo, se despide de él: "Todavía te faltan muchos años para ser hombre".⁵⁵ ~~Y sin más explicación lo deja solo. A los trece años y apenas en las primeras páginas de la novela, Alvaro ya ha merecido su apellido: Abasolo. Se queda, sin explicación alguna, huérfano, y en compañía de un viejo criado, Aniceto, quien, por lo demás, morirá poco más tarde baleado accidentalmente por Marcos Ruiz, el orozquista que ocupa la casa de~~

53 Ignacio Muñoz, op. cit., pp. 404-406.

54 Rafael F. Muñoz, *Pancho Villa, rayo y azote*, p. 95.

55 Rafael F. Muñoz, *Se llevaron el cañón para Bachimba*, Espasa-Calpe, Madrid, 1941 (Col. Austral, 178), p. 9.

Cuadernos Políticos, número 58, México, D.F., editorial Era, octubre-diciembre de 1989, pp. 63-84. Alvaro y que se vuelve su padre adoptivo.

La escena de la partida del padre natural de Alvaro es tan inverosímil que no puede ser sino simbólica, y profundamente autobiográfica; pero el genio de Muñoz supo darle una proyección de intensidad histórica muy pocas veces lograda en la literatura mexicana: se acercan las tropas de la Revolución, se acercan los orozquistas, y un padre abandona a su hijo para que éste crezca, se haga hombre, con sus peores enemigos. *Se llevaron el cañón para Bachimba* es una *Bildungsroman* de extraña naturaleza: es la historia de un rito de pasaje a la madurez, pero el rito es dirigido por el enemigo mortal del padre natural del niño.

El rechazo de la paternidad, el súbito temblor de la orfandad, la cancelación de todo un futuro social y económico está, supuestamente, justificado con una hermosa frase: "Todavía te faltan muchos años para ser hombre". Se puede suponer que, ante la proximidad de los orozquistas, el padre de Alvaro huye tan precipitadamente quizás porque se conocía muy bien su afiliación maderista. Así huyeron muchos maderistas de Chihuahua cuando Orozco se declaró en rebelión. Pero el padre en la novela no dice nada de eso. Por el contrario, parece que quiere atribuirle a su hijo la responsabilidad de su huida. ¿Acaso con su frase quiso decirle que se iba porque su propio hijo no podía defenderlo? Psicológicamente la escena es inverosímil; pero Muñoz sacrificó la verosimilitud psicológica para darle a su novela un sentido alegórico inmediato: por boca del padre de Alvaro no hablaba un mero maderista, hablaba el maderismo. La escena sucede en marzo de 1912, en una hacienda del estado de Chihuahua. Las versiones oficiales y las extraoficiales aseguraban que Orozco había sido tentado por la oligarquía chihuahuense para que reclamara con las armas todo lo que se merecía y que Madero no le había concedido; y para que su rebelión sirviera a los propósitos de los recalcitrantes porfiristas como los Enrique Creel, los Martín Falomir, los Guillermo Porras, etcétera. Pero muchos de aquellos que habían disfrutado la gran época galante del porfirismo chihuahuense y que se habían opuesto inicialmente al maderismo, no quisieron seguir en 1912 la aventura orozquista. Era como si a su pesar fueran ya maderistas por la fuerza misma de los hechos, por la configuración misma de la realidad, por eliminación, por la fatalidad de la historia. Uno de ellos fue el padre de Rafael E. Muñoz. O sea, que Muñoz no cambió el signo político de su propia autobiografía, pero le dio una nueva dimensión a la disidencia de su padre y a la aparición del orozquismo en la historia: con *Se llevaron el cañón para Bachimba*, aparece en la historia la imagen más pura de un movimiento que quería ser, en muchos sentidos, tan radical como los más radicales de la Revolución, y que fue trágicamente aplastado. Muñoz insinúa con lucidez en la novela que el fracaso del orozquismo no se debió a su falta de fuerza sino a su falta de parque: hecho que recientes investigaciones en los documentos de la época han probado. Es como si Muñoz sintiera que el orozquismo no podía ser derrotado por su enemigo frontal, descubierto; que se había necesitado de otro enemigo, el enemigo sordo y trasero, el gobierno norteamericano, que influyó decisivamente para impedir que pasaran las armas y las municiones necesitadas por Orozco. Y es que con Orozco no sólo estaban los orozquistas: la de éste fue la rebelión más famosa; pero, en marzo de 1912, pululaban por el norte del país grupos de rebeldes antimaderistas de distintas filiaciones, y muchos de signo magonista. Y de simpatías magonistas serían también muchos de los que se levantaron con el mismo Orozco, como José Inés Salazar...

En cierto sentido, Muñoz equipara al orozquismo con su padre: ambos estaban fuera del movimiento histórico, ambos eran gestos incomprendidos de moralidad que no tenía cabida en la política ni en la Revolución. Por eso Mario Ruiz, el cabecilla orozquista, hace culminar el rito de iniciación de Alvaro tan súbitamente como empezó. La novela tiene, paradójicamente, un abrupto principio; y tiene también un final abrupto, aunque nada

paradójico, pues cuando Marcos Ruiz deja a Alvaro, aquél ya está derrotado y éste ya es un hombre.

Como Bildungsroman, es decir, como novela de iniciación, como novela de pasaje a la madurez, hay que leerla, porque sólo así se cumple con el deseo del autor expresado en el título: *Se llevaron el cañón para Bachimba...* A Bachimba, escenario de una de las batallas decisivas del orozquismo contra el ejército federal, llevó Guillermo Rubio Navarrete cuatro baterías y un cañón "que era la pesadilla de los orozquistas" y que se llamaba El Niño.⁵⁶

Para El Niño y para Alvaro, la batalla fue un estadio en su proceso de madurez; aunque a El Niño, así como a Alvaro, les faltara todavía el recorrido por la Revolución Constitucionalista y por la guerra civil de 1915, y ese recorrido lo hicieron Alvaro y el Niño con el ejército villista... Habría muchos cambios de bandos: El Niño, que en Bachimba era federal, pasaría a manos de los orozquistas; y a finales de 1913, en la batalla de Tierra Blanca, Villa se lo arrancaría, y ya en la División del Norte sería uno de los cañones favoritos de la tropa, quizás sólo por su nombre, ya que les dio a los villistas cambiarle de nombre sólo por jugar: y lo llamaban El Niño, pero también El Rorro.⁵⁷

Cuando se disolvió la División del Norte y salieron los últimos villistas de Chihuahua, quedó detrás un arsenal formidable: seis cañones Saint Chamond-Mondragón, dos cañones de marina en sus bases, un cañón Hotchkiss, más de mil granadas de percusión Saint Chamond, Hotchkiss Canet; dos cañones Mendoza de 37 mm., más de dos mil rifles Mauser, 30-30 y Remington, centenares de cajas, cartuchos; trece ametralladoras Hotchkiss y Colt, cuatro de ellas aún en sus fundas, cientos de cofres con municiones para ametralladoras, una caja con ochenta y seis bombas "Martín Haley"; cuerpos de cañones sin acabar, arzones para granadas, cureñas, boleas de combinación, bastos, tripiés para ametralladoras, horquillas, collares para guarniciones, ejes para cañón, naguillas, esqueletos para cadena, cinchos para atalaje, marrazos, ruedas de cañón, cofres acero para granadas, sables, cananas, estribos para monturas, tercerolas, cabezadas, más cajas de granadas, cajas de resortes para freno de cañón, pistolas de diferentes calibres, nuevas y usadas; camillas de lona, y todo tipo de atalaje y herramienta para artillería.⁵⁸

Probablemente uno de los seis cañones Saint Chamond-Mondragón era El Niño: es difícil hacer la biografía de este infante, pues no todas las partes de guerra lo nombraban y la mayoría de las veces se le daba por sentado. Lo que me sigue intrigando es la razón por la cual ese cañón en particular fuera distinguido con tanto afecto y con tanta nitidez ¿Qué tenía que lo hizo tan singular? ¿Era un Saint Chamond-Mondragón especial? Hasta la fecha no lo sé.

Del otro infante, Rafael F. Muñoz, hay más datos, pero no necesariamente más reveladores, pues de su vida en la Revolución muy poco sabemos, a pesar de que la obsesión de su vida serán imágenes de hechos ocurridos entre 1912 y 1916.

Rafael F. Muñoz nació el primero de mayo de 1899 en Chihuahua y perteneció a una de las familias más notables de Chihuahua en el siglo XIX. Uno de sus bisabuelos, Higinio Muñoz, había sido capitán de caballos y corazas en el ejército realista durante la guerra de independencia; pero se dice que el fusilamiento de Hidalgo lo hizo cambiar de bando. Higinio era regidor del Ayuntamiento de Chihuahua cuando se celebró la junta en la que se juró la independencia de acuerdo con el Plan de Iguala.⁵⁹ Higinio fue padre, además, de varias figuras destacadas de la política estatal y nacional en el siglo XIX: Manuel, José Eligio, Juan, Jesús y Laureano Muñoz, este último abuelo del novelista de la Revolución.

Manuel Muñoz fue alumno fundador y luego director del Instituto Científico y Literario, fue diputado al Congreso de la Unión, defensor del Molino del Rey contra las tropas estadounidenses, opositor de los Tratados de Guadalupe Hidalgo y luego coautor de un libro:

56 Salvador S. Resendis, "El combate de Bachimba", *La revolución mexicana*, I, n. 2, julio de 1934, México, p. 20.

57 Centro de Estudios de Historia de México-Conaumex, Fondo Venustiano Carranza, copiadore s-25, documento 54.

58 CESE, Fondo Jacinto B. Treviño, documentos 960-963.

59 Francisco Almada, *Diccionario de historia, geografía y biografía chihuahuenses*, p. 350.

Cuadernos Políticos, número 58, México, D.F., editorial Era, octubre-diciembre de 1989, pp. 63-84. "Apuntes para la Historia de la Guerra entre México y Estados Unidos", que Santa Anna mandó recoger y quemar.⁶⁰ José Eligio Muñoz fue un liberal de hueso colorado, director del Instituto Científico y Literario, varias veces juez de distrito, fundador de varios periódicos de oposición, muchos de ellos clausurados y perseguidos, y también varias veces gobernador del estado.

Laureano, el abuelo de Rafael, fue también alumno y director del Instituto Científico y Literario, fue ardiente liberal como su hermano José Eligio, concertó tratados con los apaches y comanches en su primera gestión como gobernador de Chihuahua, fue diputado y senador federal, y fue dos veces Presidente del Supremo Tribunal de Justicia del estado como lo sería medio siglo después su hijo Carlos, padre de Rafael. Laureano fue también uno de los principales socios de la empresa que inició la construcción del primer ferrocarril entre Chihuahua y Ciudad Juárez.⁶¹

Carlos Muñoz, el padre de Rafael también estudió en el Instituto, se recibió de abogado, fue varias veces magistrado del Tribunal Supremo de Justicia del estado y al fin del porfiriato llegó a ser su presidente, hasta 1911, "cuando los villistas entraron y liberaron a todos los presos. Al quedar libres, unos envenenadores yanquis pidieron la cabeza de don Carlos, quien se vio obligado a huir a los Estados Unidos con su hijo Rafael".⁶²

Significativamente, al narrar las vidas de Higinio, Manuel y Carlos Muñoz en su *Diccionario de Historia, Geografía y Biografía Chihuahuenses*, Francisco Almada destaca en la familia un rasgo de carácter que parece ser el que Rafael captó magistralmente al inicio de *Se llevaron el cañón para Bachimba*: en momentos moralmente intolerables, los Muñoz abandonaban todo y preferían exiliarse a consecuentar la situación. Las explicaciones del súbito retiro de Carlos Muñoz de la vida pública que aparecen en "La narrativa de Rafael F. Muñoz", tesis de Antolín Monge, y en el diccionario de Almada reproducen punto por punto la imagen simbólica de la novela de Rafael F. Muñoz.⁶³

Éste siguió la instrucción primaria en la escuela de los paulinos y en la de la Sociedad Filomática; y cursó la primaria superior, que hoy llamamos secundaria, en el Instituto Científico y Literario, consciente de que varios parientes suyos habían sido directores de la escuela.

Después de terminar la secundaria, Rafael fue enviado a la ciudad de México a continuar los estudios, interrumpidos muy pronto por la Decena Trágica. De regreso a Chihuahua, se inscribió de nuevo en el Instituto Científico y Literario y ahí mismo estaba cursando el segundo año de Preparatoria cuando ocurrió la ocupación de Chihuahua por la División del Norte, en diciembre de 1913.⁶⁴ Monge y otros dicen que, a partir de entonces, se incorporó a la División del Norte en calidad de reportero y luego de corresponsal del periódico chihuahuense *Vida Nueva*. Pero Muñoz mismo, en su entrevista con Emmanuel Carballo, no habla de estas actividades: "No tuve que ver nada con la División del Norte: no fui Dorado ni fui, como alguien dijo, empleado en la secretaría particular de Villa".⁶⁵ Esta declaración es típica de Muñoz: acaba con un mito, pero deja otro viviente, ya que no niega haber participado como reportero durante la Revolución...

Al final de *Se llevaron el cañón para Bachimba* ocurre el segundo abandono de la novela, y en la narración de cómo se despide Marcos Ruiz del niño Alvaro Abasolo, Muñoz incorporó la huella y la intensidad de la segunda escena obsesiva de su vida: el adiós de Villa a la División del Norte el 19 de diciembre de 1915.

60 Ibid., pp. 353-54.

61 Ibid., pp. 352-53.

62 Francisco Antolín Monge, "La narrativa de Rafael F. Muñoz", tesis de maestría, Facultad de Filosofía y Letras (Escuela para extranjeros), UNAM, 1975, p. 28

63 Francisco Antolín Monge, op. cit., p. 28; y Francisco Almada, op. cit., p. 350.

64 Antolín Monge, op. cit., p. 30.

65 Emmanuel Carballo, op. cit., p. 349.

Después de la derrota orozquista, Marcos Ruiz y Alvaro Abasolo huyen hacia la Sierra Madre y particularmente hacia "la región de los minerales de Batopilas".⁶⁶ Y Marcos le va anunciando a Alvaro su regreso a la tierra: "Conozco cada montaña y cada vereda; conozco cada mina. Si algún día los federales llegan a venir por aquí, me sumerjo en la profundidad de la tierra y nadie se atreverá a buscarme..."⁶⁷

Más adelante, Marcos se despide veladamente de Alvaro con advertencias y consejos envueltos en una reflexión sobre la guerra: "Ya no tengo nada que hacer: los 'colorados' hemos fracasado. Otros tendrán que venir, los que son más jóvenes que yo y de más edad que tú. Quizá también a ti te toque actuar algún día; tienes modo de instruirte y serás abogado, o ingeniero, o cosa así. Probablemente no haya otra revolución, pero la inquietud subsistirá mientras el pueblo sienta la miseria. Entonces, recuerda estas luchas y estas derrotas, y estas huidas... No mires la guerra como una belleza, sino como un horror".⁶⁸ Pero un horror que es el último recurso de los desesperados, de los desesperados que como él se pueden ocultar en las sierras y confundirse en la naturaleza por los años de los años. A la mañana siguiente, sin explicarle nunca a Alvaro por qué lo abandona, Marcos ha desaparecido y sólo ha dejado como despedida una frase "lacónica, seca, definitiva como él mismo: 'Nadie me encontrará'".⁶⁹

Es en estas palabras donde reaparece la escena que más de veinte años antes Rafael F. Muñoz había contemplado: así también el 19 de diciembre de 1915 había salido Villa de Chihuahua, para regresar a la Sierra, para volver a con fundirse con sus veredas, con sus cañadas, con sus desfiladeros.

No tengo ninguna prueba de que ese día de la despedida, también Ramón Puente estuviera en Chihuahua. Pero tampoco hay ninguna evidencia en contra de esa suposición. No me atrevo a colocarlo también a él en la Plaza Hidalgo oyendo el discurso de Villa; pero me pregunto qué le hubiera podido impedir a Ramón Puente asistir a ese momento, a él que fue uno de los villistas más lúcidos, incluso muchos años después de la muerte del mismo Villa y de la claudicación de la mayoría de sus seguidores. Si no estaba en la Plaza, no es nada improbable que estuviera en alguno de los salones del Palacio de Gobierno.

Nada raro sería que ahí hubiera comenzado, inconscientemente por supuesto, esa relación compleja y entrañable que mantendrían casi explícitamente Ramón Puente y Rafael F. Muñoz por lo menos a partir de 1923. En esa relación, Puente pareció asumir la función de padre intelectual de Muñoz, y Muñoz la del discípulo que supera rápidamente al maestro. Y ambos alrededor de temas obsesivos: Orozco, Villa, la paternidad, la fidelidad...

En 1912, Ramón Puente había escrito uno de los libros más furiosos contra el orozquismo y contra Orozco: *Pascual Orozco y la revuelta de Chihuahua*.⁷⁰ Es probable que la familia Madero o algún ministro del mismo gobierno maderista hubiera financiado el libro, pues su tiraje de 15 000 ejemplares era inusitado para la época. Es probable también que la edición se hubiera terminado de imprimir poco antes de la caída de Madero, pues cientos, y quizás miles, de ejemplares quedaron sin distribuir. En todo caso, el libro de Puente era el libro más feroz y razonado del maderismo contra su antiguo aliado. Curiosamente, es contra ese libro que parece haberse escrito *Se llevaron el cañón para Bachimba*, pero ya cuando Muñoz había llegado a ser adulto. Antes, desde 1915 hasta 1940, la figura de Ramón Puente fue la dominante en su vida: con la obra de Puente, él crece, aprende a amar y a desentrañar a Villa y el villismo.

No es una casualidad que el primer libro que publicó Rafael E Muñoz fuera un mero

66 Rafael F. Muñoz, *Se llevaron el cañón para Bachimba*, p. 158.

67 Loc. cit.

68 Ibid., p. 162.

69 Ibid., p. 163.

70 Ramón Puente, *Pascual Orozco y la revuelta de Chihuahua*, Eusebio Gómez de la Puente editor, México, 1912.

Cuadernos Políticos, número 58, México, D.F., editorial Era, octubre-diciembre de 1989, pp. 63-84. apéndice a uno de Ramón Puente. De hecho, ese primer libro de Muñoz no era un libro de Muñoz, era un libro de Puente. En 1919, éste había publicado, en una empresa editorial del periodista y zapatista Octavio Paz, una *Vida de Villa contada por él mismo*. La narración era por supuesto en primera persona y terminaba precisamente con el discurso que Villa pronunció el 19 de diciembre de 1915 desde el Palacio de Gobierno de Chihuahua. Las páginas finales parecían una letanía trágica y admirable: "nos volveremos a juntar", "seguiré siendo enemigo de Carranza", "he peleado y seguiré peleando mientras una bala no corte derecha o traidoramente el hilo de mi vida"...

Y en 1923, en efecto, una bala traidora cortó el hilo de su vida, y con su muerte se volvió un tema de actualidad. Fue entonces cuando el redactor de *El Universal Gráfico* encomendó a uno de sus jóvenes periodistas, originario de Chihuahua, quien había sido, según se dice, reportero del diario villista *Vida Nueva*, que completara la biografía de Puente.

El folleto que publicó *El Universal Gráfico*, y que costaba quince centavos, se titulaba: *Memorias de Pancho Villa*. En el reverso de la portada, se incluía una nota aclarando que la biografía ya había sido publicada en 1919, y que ahora, en 1923, el reportero Rafael F. Muñoz agregaba un interesante apéndice con el resto de la vida de Villa de 1915 hasta su muerte: escrito "de prisa, sin consultar apuntes, libros, atendido tan sólo a mis recuerdos".⁷¹ Del autor de la biografía de 1919 no se decía nada en ese folleto; sólo al pie de la página 40, donde terminaba la primera parte, aparecía, pequeño, el nombre del doctor Ramón Puente. La ignorancia comercial insiste en atribuirle al vástago la obra del padre, pues aún hoy, en las nuevas ediciones de ese folleto de *El Universal Gráfico*, se atribuye la obra en su totalidad a Muñoz y apenas se hace mención de Puente.⁷² Por poco interesante que fuera el apéndice de Muñoz, era el principio de una obra única donde el lenguaje de la narración adquirió la dimensión de sus personajes y guardó silencio cuando sólo le quedaba el silencio; donde el lenguaje entendió la inmanencia de sus paisajes y sintió la intensidad de los hechos anónimos. Las primeras obras maestras de Muñoz fueron cuentos; y luego vino *¡Vámonos con Pancho Villa!*, en 1931, que algunos críticos han tratado más bien como colección de cuentos. No tiene sentido reivindicar esta obra como novela para entrar en una mera discusión de terminología o de retórica de los géneros literarios. De hecho, los críticos que la han catalogado como narraciones tenuemente hilvanadas y sin unidad se han quedado en una mera clasificación de la obra, y se han olvidado de leerla.

Quizás el mismo Muñoz dio una pista para entender sus novelas cuando a una serie de relatos —*Si me han de matar mañana*— les dio el nombre genérico de *novelas*: hablando en términos tradicionales, los textos de este libro pertenecerían al género del cuento; pero a Muñoz no le interesaban ni los términos tradicionales, ni los géneros: su designación de *novelas* no alude a la longitud, ni al desarrollo propiamente dicho del texto, sino a sus intensidades. No sé si Muñoz conocía los cuentos de Heinrich von Kleist, pero hay en el mexicano un espíritu que se deja pintar de manera muy parecida al del alemán: en los cuentos de ambos, no importa tanto el desenlace de la historia, el tristemente famoso "dato escondido" de Vargas Llosa; lo relevante son los movimientos afectivos de la historia, de las imágenes, de los personajes... En ese mismo sentido, hay que cambiar radicalmente la visión típica de *¡Vámonos con Pancho Villa!* y decir que no son varios cuentos apenas hilvanados, sino varias novelas que crean una macronovela.

En la noche del 19 y parte del 20 de diciembre de 1915, los villistas de última hora, que se habían incorporado a la División en su recorrido por el centro y el oeste del país, se despidieron de la ciudad saqueando las tiendas, sobre todo las de los extranjeros, en cuya labor les ayudaron algunos habitantes de la misma ciudad de Chihuahua. No sólo se llevaban

71 Emmanuel Carballo, op. cit., p. 349.

72 Nueva edición con el título: *Pancho Villa, rayo y azote*, Populibros La Prensa, México, 1955.

mercancías, se llevaban todo lo que encontraban, hasta "la ropa y los trastos", y "en algunas casas de particulares se han guardado hasta cojines de los carros pulman". En un caso, por lo menos, el saqueo terminó en incendio.⁷³

En realidad, para muchos, la participación del pueblo de Chihuahua fue muy moderada, si se tenían en cuenta los abusos que habían cometido en las últimas semanas los comerciantes, cuando ya las autoridades villistas eran impotentes para mantener la vigilancia, y para impedir el acaparamiento y el ocultamiento de los alimentos básicos.

El Ayuntamiento de la ciudad decidió, en consecuencia, que todo quedara "entre nosotros", pues el pueblo había sido muy parco en sus actos en esta ocasión; y que se echara la culpa a esa gente del sur que "lanzaba palabras subversivas al pueblo chihuahuense y que decían: `Vamos robando, al cabo que nosotros no somos de aquí`".⁷⁴

A las puertas de la ciudad estaban ya las avanzadas del Cuerpo de Ejército que mandaba Jacinto B. Treviño

73 Archivo del Ayuntamiento de la Ciudad de Chihuahua, Acta de la sesión del Ayuntamiento de Chihuahua, 21 de diciembre de 1915.

74 Loc. cit.